

FERNANDO GONZALEZ: EL VALOR LITERARIO DE LA MUERTE

Decir aquí que el tema de la muerte está constantemente presente a lo largo de la trayectoria poética de Fernando González no es hacer ningún descubrimiento. Sería sólo corroborar la primera impresión que cualquier lector de su obra -no muy amplia, pero sí lo suficientemente expresiva y definitoria- experimenta. Desde "Las Canciones del Alba" o "Manantiales en la Ruta", sus primeros libros, hasta "Ofrendas a la Nada", el último, que vio la luz en 1.949, son escasos los poemas en los que, respondiendo a intencionalidades poéticas diferentes, no se sugiera, se presienta, se cite o reflexione con la mayor profundidad, la realidad de la muerte. En poemas como "Dinero", no es más que una simple anécdota:

Será polvo tu cabeza,
la mía polvo será;
la tuya de pensar poco
y la mía de pensar.

En otros, el poeta se detiene en el lamento funerario de algún ser perdido definitivamente: desde los laureles centenarios de una plaza; aquellos

"primogénitos augustos de la espléndida arboleda.
!El recuerdo sólo queda
ya de vosotros, laureles de la Plaza de San Juan!"

a la desaparición de los seres queridos, como en "En la última noche de un niño enfermo", o "A mis padres muertos", y, sobre todo, al poeta Tomás Morales, muerto en 1.921, inspirador en gran parte de su primera poesía, al que dedica "En la transmutación del Maestro", composición de amplias resonancias modernistas, con el que pone un merecido epíteto al gran poeta del mar:

!Murió el cantor egregio del Bosque y de la Mar!
!Calló la voz solemne del rapsoda divino
que supo entre las redes del sueño aprisionar
el tesoro secreto del corazón marino!

Pero la verdadera importancia literaria del tema de la muerte en Fernando González no radica en estos cantos, sentidos, sí, pero no consubstanciales a la propia esencia lírica del poeta, que lo es más cuanto más canta su propio sentimiento. Fernando González es, como ya lo han señalado los comentaristas de su obra, poeta de sí mismo. D. Joaquín Artilles dice en su prólogo a la antología titulada "Poesías Elegidas" editada por el Cabildo Insular: "La clave lírica de Fernando González

hay que buscarla en el íntimo maridaje de su vida y de su obra, de lo sentido y lo cantado. Todo, o casi todo, es vivencia autobiográfica. Hasta lo externo al poeta se "yoíza" y transforma en íntima querencia biológica". "La poesía es para él la manifestación de su propio ser. Y es, forzosamente, manifestación dolorosa porque el autor ha sido siempre un ser abatido por el sufrimiento. El mismo se define:

"Yo soy un hombre naturalmente triste"

con una tristeza que va aumentando gradualmente:

"Cada día
se hace el dolor más grande
y más corta la vida"

y, en su autobiografía explica el origen de ese sentimiento a una enfermedad padecida en la niñez: "Esa lesión... influyó poderosamente en mi vida y, aunque no había tenido consecuencias materiales, ella es, tal vez, la primera causa consciente de la pertinaz tristeza de mi vida, porque ella, al formar parte casi sólida de mi espíritu, ha informado sutilmente mi poesía...".

Es precisamente esta tristeza, con las consecuencias emotivas que conlleva -desilusión, amargura, nostalgia, soledad, ... -la que va incorporando a aquel tema primario de la muerte sus propias connotaciones, de manera que la muerte adquiere un valor de esencia sublimadora y liberadora de toda la amargura de la vida.

Naturalmente, este sentimiento de la muerte como liberación sólo se produce en la última etapa de su vida, cuando, agobiado por la infelicidad exclama:

"Mi corazón no puede ya con tanta amargura..."

o, en otra ocasión:

"!Señor, rompe el juguete de humana levadura que soy! Nadie es más triste que yo, como tú sabes; !hasta en mis horas buenas es tanta mi amargura que de mi ser te ausentas, pues dentro de él no cabes!"

O, más desesperado:

"!No puedo más, no puedo más, Dios mío!
!Ya me has echado cargas en exceso!
!Abre la puerta de mi pena al río
que se lo lleva todo sin regreso!"

Estas invocaciones de la muerte son, sin embargo, ocasionales desahogos del alma atormentada. La actitud vital del poeta frente a la muerte es más resignada. Está habituado a su presencia y así lo refleja en un poema del libro "Ofrendas a la nada", en el que, sin lugar a dudas, Fernando González muestra su calidad de auténtico poeta. Ha logrado la comunión ideal entre el significado del poema y su forma expresiva. Se trata de la composición titulada "Siempre a mi lado", poema breve, organizado en dos estrofas asimétricas cuyos versos, de factura aparentemente fácil y suelta, están, sin embargo cuidadosamente elaborados. Dice:

SIEMPRE A MI LADO

Siempre a mi lado, y no es mi sombra. Siempre sobre mis hombros su mirada dura, junto a la huella de mi pie, su huella, sobre mi alma, la suya.

Adónde miro, friamente mira, y, cuando beso, a mi besar se junta. No sé quién es y lo supongo. Marcha siempre a mi lado y sin hablarme nunca.

Desde el primer verso se nos habla de una constante presencia que, gracias a la reiteración del término "siempre", ya desde el título, connota la sensación de eternidad. Esta sensación se apoya, además, en la hábil distribución del adverbio al principio y final del verso y, sobre todo, en la nueva reiteración que se produce en el verso final. En éste verso hay, por otra parte, uno de los recursos más utilizados por Fernando González a lo largo de toda su obra: la oposición de dos contrarios, manifestada en este caso en los términos siempre/nunca. La ubicación de este nunca es muy importante pues hace que el término se oponga, no sólo al siempre del mismo verso, sino a todo el resto de la composición con lo que aparece supervalorado en toda su significación. Esta remite, también al concepto de eternidad, sólo que de manera mucho más trágica por lo que tiene de negativo. Ese nunca final destruye totalmente la posible suposición de una "muerte compañera", y nos obliga a considerar en todo su valor la significación de dura y fría que se aplican a la mirada de ese inquietante ser, que aparecen en los versos 2º y 5º respectivamente.

Por otra parte, la unión del hombre con su propia muerte es tan completa que va desde la mirada hasta el beso y hasta la propia alma; es decir desde lo más superficial e involuntario hasta lo más íntimo y personal. Así pues, es imposible plantearse la huida, la rebelión, porque la superioridad de la muerte sobre el hombre es absoluta:

*"sobre mis hombros, su mirada dura...
... sobre mi alma, la suya"*



**Rosa María
Quintana**

En esta seguridad, el poeta se resigna, en parte, porque sabe de su propia impotencia, pero también porque tiene la esperanza -como la tuvo Antonio Machado, al que tanto se acerca- de dejar tras de sí una huella reconocible. Esa certeza de su propia continuidad se advierte en otros poemas del último libro, como en el dedicado a "A mi hijo dormido", donde dice:

*"Entre tu sueño mi esperanza duerme;
Cuando me muera moriré tranquilo
porque la muerte y tú me haréis eterno"*

Muerte, pues, segadora de vidas e ilusiones; muerte, silenciosa compañera, querida y deseada muchas veces; pero muerte, al fin, tema literario que hace realidad la afirmación del propio Fernando González cuando habla de su concepción de la poesía:

"Los temas, por sí mismo, no otorgan ningún valor poético a una composición... porque el poeta por antonomasia extrae... de cualquier asunto, aunque sea el más deleznable de este mundo, el zumo de la gracia lírica que en toda cosa se contiene...".

Quien hablaba así era, verdaderamente, un poeta.